CAPITULO CUARTO.

Mastai, director de Tata Giovanni.=El zapatero Angelo Tocacelli, su antiguo discípulo, nos sirve de guia.=Visita al hospicio, la capilla, el refectorio, la sala de estudio.=Aposento ocupado por Mastai. =Deja el hospicio para emprender una mision en Chile.=Tierna despedida de sus discípulos.=El zapatero nos suplica hablemos de él al Papa.=El Papa recuerda á su antiguo discípulo y le envia una memoria.

Lo que el establecimiento de Tata Giovanni debe principalmente á Mastai, es el desarrollo del bienestar material y moral que en la actualidad disfrutan los huérfanos. El jóven sacerdote empleó parte de su fortuna en mejorar las camas, los vestidos y alimentos.

Él es quien ha introducido los elementos de geometria entre las demas clases de enseñanza: él conoció, el primero, la utilidad que esta ciencia podria traer á la mayor parte de los artesanos; y añadió á ella cursos de dibujo, grabado y escultura. Este complemento indispensable permite descubrir en los discípulos, que tienen poca aficion á los oficios mecánicos, otras disposiciones, y de este modo dirigirles á la profesion que deban ejercer con mas provecho; profesion, por otra

parte, que los niños eligen por sí mismos, porque en este punto no se ejerce sobre ellos la mas pequeña exaccion.

Mastai introdujo en el hospicio una reforma mas importante aun, que fué restablecer en todo su vigor el primer reglamento de *Tata Giovanni*. Por este reglamento, los niños debian hacer siempre su aprendizaje fuera de la casa, como se habia observado en tiempo del viejo Borgi, pero las revoluciones que alteraron la paz de Roma á fines del siglo pasado y principios de este, hicieron caer en desuso esta sábia disposicion. En primer lugar, porque en las crísis financieras que la institucion tuvo que atravesar, no fué siempre posible vestir á los niños con la limpieza necesaria para enviarlos fuera; y en segundo, porque en aquella época de conmociones no hubieran podido todos los dias recorrer las calles sin peligro.

Intentaron pues establecer en la misma escuela talleres de aprendizaje; pero, faltos de recursos, los artesanos maestros, encargados de instruir á los huérfanos, empleaban poco tiempo en la enseñanza. Resultaba de aquí que la instruccion era escasa, y que cuando los educandos salian del hospicio, como no habian frecuentado las tiendas, ni talleres de la ciudad, se encontraban sin relaciones en medio de los empresarios y obreros de su clase, y no conseguian sino muy difícilmente hallar colocacion.

Durante este período de ociosidad, consumian sus pequeños recursos y perdian frecuentemente el fruto de su educacion. Ademas, como era imposible tener

en el hospicio talleres de toda especie, la mayor parte de las vocaciones se veian forzadas, porque los niños no podian elegir mas que entre un número muy limitado de oficios. Todas estas razones decidieron á Mastai á restablecer el método del viejo albañil, y los huérfanos han agradecido mucho el restablecimiento del primitivo reglamento. Los estudios son mas formales; el aprendiz, viviendo en los talleres de la ciudad, adquiere muchas y buenas relaciones. La variedad de trabajos entre los que puede elegir, le permite perfeccionarse y seguir su vocacion. Esta regla se ha observado despues, y en la actualidad, cuenta el hospicio en ciento veinte educandos, treinta oficios diferentes.

Para completar nuestros apuntes, resolvimos visitar el hospicio en compañía de uno de sus antiguos huéspedes.

Pudimos haber ido con un librero, un hojalatero ó un corredor de comercio, recogidos de los primeros por el fundador, y cuya industria próspera acredita los beneficios de la institucion; pero preferimos llevar con nosotros un hospiciano del tiempo de Mastai, que ha conservado de aquella época de vida del Papa, ignorada de todo el mundo, los recuerdos mas encantadores.

Angelo Tocaccelli, hoy modesto zapatero, establecido en una tienda portátil del barrio del Gorso, está dotado de una fisonomía leal y dulce; la sencillez de su corazon se refleja en sus ojos negros; pero ¡ay! es lo único que tiene que agradecer á la naturaleza.

Su cuerpo horriblemente disforme está torcido hácia el lado derecho, y la desigual longitud de sus piernas comunica á sus espaldas una cruel oscilacion.

¿Quién sabe lo que habria ya sufrido cuando, pobre niño abandonado, encontró un asilo bajo el techo hospitalario de la casa donde tuvo por maestro y padre al que lleva hoy el glorioso nombre de Pio IX?

Al traspasar el umbral de la puerta del hospicio, que hacia veinte años que no habia visto, el zapatero se conmovió: «He sido muy dichoso en esta casa, nos dijo; tanto, que estoy por decir que he nacido en ella, puesto que no recuerdo nada de mi vida anterior. Aquí es donde he aprendido el oficio que hoy tengo y que me dá de comer. Aquí es, añadió enderezándose con orgullo, donde he conocido, servido, amado, antes que los romanos, antes que todo el mundo, al grande hombre que gobierna la Iglesia!»

La frente del miserable zapatero resplandecia de júbilo, sus ojos centelleaban; no se notaba su deformidad, estaba bello.

Lo primero que nos enseñó fué la capilla.

La capilla de Tata Giovanni, como es fácil presumir, no es espaciosa ni rica. Dos hileras de bancos y un altar modesto es todo lo que contiene. Pero allí, en aquel altar sencillo, Mastai ha dicho su primera misa. Cuando todos los jóvenes sacerdotes dan la preferencia para este acto solemne de su vida, á las basilicas llenas de grandes y gloriosos recuerdos religiosos, él, noble conde, protegido por Pio VII, quiso en aquel momento supremo verse rodeado de aquellos niños

que el Salvador llamaba hácia él; en medio de su familia de huérfanos, fué donde cumplió aquel primer acto de su sacerdocio con el cual firmaba, como despues lo ha demostrado, un tratado de alianza y de amor con los hijos del pueblo.

Tocaccellí se arrodilló y permaneció un instante en oracion; despues levántándose nos dijo: «Hé ahí el altar donde todas las mañanas nos decia la misa, y donde el domingo y los dias de fiesta nos enseñaba la adhesion á nuestros deberes, el amor de Dios y del prójimo: le escuchábamos con sumision, porque él nos daba el ejemplo.

«Cuando fué nombrado obispo de Espoleto, en esta capilla fué tambien donde quiso decir su primera misa episcopal. Estaba identificado con sus pobres huérfanos.

«Tambien, cuando ha sido nombrado Soberano Pontífice, hemos sido nosotros los primeros que hemos dicho; Mastai es nuestro Papa, es el Papa de los pobres, de los abandonados! ¡Es el padre del pueblo que sube al trono!... Pero Roma no le conocia.

«La primera vez que se presentó en la *loggia* la multitud á su vista permanació silenciosa, indiferente. No hubo allí mas que un pequeño grupo que no cesó de gritar desaforadamente: *¡Viva Pio nono é viva il padre del popolo!* Êramos nosotros sus antiguos discípulos, los huérfanos de Tata Giovanni.!»

Cuando salimos de la capilla pasamos al refectorio.

«He comido ocho años en este sitio,» dijo Angelo, tocando con la mano la esquina de una de las mesas: «y como no era de los mas silenciosos ni de los mas limpios; Mastai solia levantarse de su asiento para tirarme de la oreja, no muy fuerte! No era como el viejo Tata Giovanni, que nunca iba sin su palmeta de la que hacia no poco uso, segun dicen sus discípulos.

«Mastai no comia con nosotros, sino con los demas eclesiásticos del hospicio. Solamente en las vacaciones de las Pascuas y de Octubre, cuando nos llevaba fuera de la ciudad, á la basilica de San Sebastian, nos mandaba hacer alto sobre el césped á la hora de la comida; enviaba á comprar, á la taberna mas inmediata, un pedazo de carne asada, una ensalada, vino, frutas y pan, y, despues de habernos distribuido estos sencillos manjares, se servia él, comia como sotros sobre la yerba y bebia en la misma botella.»

Del refectorio pasamos á la sala destinada á la enseñanza. que se encuentra en el mismo estado que tenia en el tiempo de Mastai. Las paredes, llenas de inscripciones, tienen en un lado un gran crucifijo y en el otro un retrato del fundador Giovanni Borgi. Bancos en forma de gradas están arrimados á las cuatro tapias; en el centro hay una mesa vieja llena de manchas de tinta y tres sillones de cuero raido, de forma de los del tiempos de Luis XIV. En el de en medio es en el que Pio IX se sentó todas las noches, durante siete años consecutivos, para instruir á los

huérfanos. Mastai queria que se estuviese siempre en lo que se hacia; asi es que queria que sus discípulos en las horas de recreo se entregasen completaménte al juego; pero queria tambien que durante las clases no pensasen sino en el estudio. Se ausentaba algunas veces, encomendando el cuidado de mantener el órden á los que hacian de pasantes. En esos casos, como confesó Angelo, no se guardaba el mayor silencio.

«Habia entre nosotros, nos dijo, un chico mudo, de orígen mahometano, que los piratas argelinos habian abandonado en la costa, y que, despues de haber sido recogido y bautizado, se educaba en Tata Giovanni con el nombre de Marco. Este mudo tenia tanta actividad en la vista como torpeza en la lengua. Colocado de centinela en el corredor durante las ausénciaa de Mastai, apenas lo distinguia á larga distancia, se precipitaba corriendo en la clase, nos anunciaba su vuelta con un pequeño sonido gutural, y nos indicaba, pasando la uña de su dedo pulgar por el labio inferior, que el hombre del labio hundido se acercaba; en seguida todo quedaba en silencio.

«Ahora, continuó Angelo invitándonos á seguirle, voy á llevaros á su habitacion.»

Entramos en ella. Nada ha sido cambiado desde aquel tiempo. El mismo lecho, el mismo sillon, la misma mesa. «Ya lo veis, nos dijo Angelo, á penas hay lo necesario. Este es el cuarto que Pio IX ha ocupado durante siete años!»

Seria imposible, en efecto, imaginarse nada mas modesto que el aposento de Mastai en Tata Giovanni:

el jóven abate, que ocupaba estaba habitacion reduncida, era sin embargo de una familia noble y rica. Sus parientes no le dejaban carecer de nada. Pero Mast consagraba hasta el último ochavo de la pension que su familia le tenia señalada en procurar á sus huérfalos vestidos mas calientes, alimentos mas sanos, y tambien algunas distracciones, algunos placeres propios de su edad. ¿Bastaba alimentar á los pobres niños privados de las carícias maternales y de las dulzuras de la vida?

¿No es un dinero bien empleado aquel que produce por intereses las sonrisas, los trasportes, la estrepitosa alegría de esos infelices seres, entregados desde su infancia al dolor y á la amargura?

Angelo Tocaccelli interrumpió de nuevo nuestras reflexiones: «Aquí es, prosiguió, donde he presenciado una de las escenas mas tristes de mi vida. Era la noche de un hermoso dia de estío; despues de siete años de permanencia en el hospicio, Mastaí, elegido para formar parte de una mision lejana debia abandonarnos. Nosotros lo ignorábamos aun, y sin embargo habia llegado el momento de la separacion. Notamos que, durante la cena, no habia pronunciado ni una sola palabra. En el instante en que, despues de haber dado las gracias, íbamos á levantarnos de la mesa, nos mandó que permaneciéramos sentados, y nos anunció la fatal noticia. No se oyó mas que un solo grito de dolor ed un estremo á otro del refectorio. Eramos entonces ciento veinte y dos, entre grandes y chicos, y no hubo uno siquiera que no llorase.»

«Todos, á la vez, abandonamos nuestros puestos en desórden para arrojarnos en sus brazos. Los unos besaban sus manos, los otros se agarraban á sus vestidos; aquellos que no podian tocarle le llamaban con los nombres mas cariñosos y le suplicaban que no les abandonara. ¿Quién nos consolará? ¿Quién nos amará? Se conmovió tanto de nuestra afliccion, que desecho en lágrimas y apretando contra su pecho á los que se hallaban mas cerca de él: No hubiera creido nunca, dijo, que nuestra separacion debiese ser tan dolorosa.»

«Entonces desprendiéndose de nosotros se precipitó en su cuarto; pero intentó en vano cerrar la puerta, nosotros entramos tras del. Aquella noche nadie pensó en dormir en ¡Tata Giovanni: chicos y grandes permanecieron al lado de Mastai; nos acariciaba y nos instruia á la vez.

«Nos recomendó el trabajo, la sumision á los que debian reemplazarle, el amor de Dios y de nuestros semejantes, el cumplimiento de todos los deberes y la resignacion en las desgracias. El dia nos sorprendió en esta escena triste y tierna. Oimos detenerse ante la puerta el carruaje que debia arrebatarnos nuestro bienhechor. Una hora despues éramos huérfanos por segunda vez.»

El pobre zapatero se enjugó una lágrima al concluir su relacion, á la cual la viveza de sus recuerdos y la elegancia de la lengua italiana daban un encanto inesplicable.

Hemos reproducido fielmente sus impresiones y su

lenguaje y aconsejamos á los viajeros que quieran visitar como nosotros el modesto teatro donde Pio IX preludiaba, en medio de niños abandonados, el gobierno de la Iglesia, hagan esta interesante peregrinacion en compañía del zapatero de viejo, del Buen Angelo Tocaccelli.

Cuando saliamos del hospicio, niños de todas edades empezaban á entrar en él. Notamos en su aspecto un aire de salud y robustez.

Algun tiempo despues, habiendo sabido Angelo que nuestro amigo Barre estaba instalado en el Quirinal, y que nosotros teniamos el honor de ser admitidos á la presencia de Su Santidad, durante el trabajo del artista, nos suplicó le habláramos del pequeño zapatero á quien habia tirado tantas veces de la oreja. De este modo nos dió ocasion de conocer la veracidad de su relato.

El Santo Padre no habia olvidado el oscuro nombre de Angelo Tocaccelli. Le habia encontrado y detenido en la calle en 1841, despues de su elevacion al cardenalato, y le habia preguntado qué eran, qué hacian sus antiguos compañeros. Se sonrió al saber que uno de sus discípulos, un pobre zapatero, reconocia á Mastai en lo que Pio IX hacia por su pueblo.

Despues añadió:—No es dichoso, ¿no es cierto? tiene necesidad..... de un pequeño recuerdo.

Al dia siguiente le envió un doblon de oro que Angelo besó repetidas veces, y que conserva como una reliquia.